

I

Fue un error, un grave error de Satanás y así se dijo mucho en el ~~infixum~~ infierno, el designar a Mefistófeles como su representante en San José de las Pataguas.

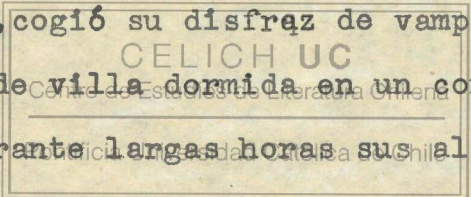
Era un diablo anticuadón, en este punto todas las opiniones ~~coincidían~~ coincidían; pero ni la prolongada cesantía del destinatario ni sus ideas anacrónicas, ni su fracaso en la bullada tentación del doctor Fausto, justificaban tan mezquino nombramiento.

Su prestigio en el mundo, ya que no en el Averno, le daba título sobrado para esperar mejor empleo.

Ese traslado a San José de las Pataguas era una vejación.

El orgullo selló, no obstante, los labios del viejo demonio y hasta le dió fuerzas para sonreír: -! Ya veía Satanás quien era Mefistófeles!

Sin despedirse de Asmoedo y Belcebú, que le miraban con hipócrita conmiseración, cogió su disfraz de vampiro infernal, bajó a la tierra, avistó la humilde villa dormida en un contrafuerte de los Andes a la luz de la luna y durante largas horas sus alas membranosas giraron en torno al viejo campanario.



La brisa cordillerana enfrió su rabia.

Después de tantos siglos de reclusión en el infierno, le resultaba grata la visión de aquel poblado cuyas casitas blanquecinas se apretujaban como ovejas junto al río.

Solo la torre y algunos cipreses -los del convento de las Trinitarias - rompían la plitud de las pesadas construcciones. Adobe y teja: tierra que apenas se alza de la tierra.

! Oh, bien distinto, por cierto,

ideales, encharcados en el materialismo de sus preocupaciones cotidianas él era menos que una sombra.

Solo los inocentes le veían.

Al pasar, en efecto, sobre el patio de una vivienda de arrabal vió aun pequeñuelo que corría a cobijarse en las faldas de su madre,

una mujerona gorda y morena como un "huaco", empeñada en apagar los res-coldos de la hornilla.

-¡Mamita, Mamita, el diablo... allí junto a la torre...! Va volando!

-Déjate de tonterías. Será algún areoplano -replicó la mujer sin tan siquiera alzar la vista del caldero.

-¡No! Es el diablo. Tiene alas de murciélago.

La mujer, levantándose con un suspiro de cansancio, cogió al chico de un brazo.

-Anda a acostarte.

Y madre e hijo desaparecieron tras la puerta del tugurio.

Durante algunos momentos Mefistófeles siguió planeando sobre el pueblo.

La atmósfera se iba tornando, por instantes, más fría y transparente. Bajo el fulgor lunar, las viejas casonas, con su raído pañolón de tejas, parecían aproximarse unas a otras en busca de abrigo, como mendigas dispuestas al sueño,

Negros bosquecillos de boldos, moyes y canelos, manchaban las colinas circundantes, entre cuyas faldas se deslizaba con agilidad de pez el río. Mil escamas de plata relucían en su torso verdinegro, en tanto al fondo, surgiendo del vaho ceniciento que comenzaba a alzarse de los campos, la cordillera de los Andes colgaba entre cielo y tierra su cortinaje azul turquí.

Todavía en el poblado brillaban algunas lucecillas.

--II--

(1)

Durante varios días un estado de euforia, - así lo definía el propio paciente - se apoderó del ánimo del doctor Ibieta.

Una fé ciega en su ciencia, le invadía. Llegó a creerse el árbitro de la situación. La suerte había puesto en sus manos los hilos invisibles que movían las marionetas del tablado.

A un leve impulso de sus dedos, se yergue Dolores en su lecho de enferma, se arrodilla, apasionado, don Nicasio, bendice el cura, sonríe Rosario....

¡Hermoso sueño de titiritero! Pero los sueños duran poco y casi nunca se realizan. En eso precisamente se diferencian de las realidades.

Basta que falle una hebra o que se enrede para que un títere se abata e introduzca la confusión en el retablo de Maese Pedro.

Y los hilos, ahora, comienzan a enredarse.

Ya no se oye en la casa parroquial, el tintineo de llaves que acompañaban de la mañana a la noche, con su piar de jilgueros, el activo ir y venir de Dolores por los largos y enladrillados corredores.

En cambio, es más resonante y lento el eco del viejo reloj de caoba que cuenta a regañía dientes las horas de su monótona inacción.

Dolores las escucha como algo lejano. Todo ahora le parece lejano.

A la breve reacción de optimismo que despertó en ella la palabra del médico, ha seguido este estado de cansancio, de displicencia, de atonía

Teje maquinalmente en el sofá junto al bracero, mientras sus ojos, cada vez más profundos y más tristes, semejan perderse en un sueño remoto.

Quando viene el doctor, - hoy es el caso - sonríe agradecida, pero evade todo intento de interrogatorio.

-?Para qué? Ya me confesó Ud. hace días....No tengo nuevos pecados.

-?Está Ud. Segura? ?Ni de pensamiento?.....

Mueve la cabeza.

-No es edad para pecados....

En vano el doctor trata de convencerla. Sutilmente le insinúa la idea de llamar a Rosarito

-.Las "viejas" son tan aburridas! Los jóvenes con los jóvenes ?No le parece?

-!Vieja , Ud., señora! !No diga locuras!

Es alegre y bromista el doctor Ibieta. Luego, cuando se trata de la ciencia, del arte, de la vida...!habla con una labia!

Más de una vez Rosarito ha renunciado al paseo de la plaza, solo por oírle

- Su mamá está cada día más indócil - dice a la muchacha.

- Mal ejemplo ?verdad? Y tanto que se empeña en que yo sea su-

misa.

Después, el doctor en tono displicente pregunta si ha venido don Nicasio.

Dolores alza los hombros, dando a entender que nada sabe.

- Ya no se acuerda de nosotras. Tal vez tiene otras amistades... dice riendo la chica.

- No ha venido...? de veras?

- Desde hace tres días

- ¡Conque así....! Voy a tirarle las orejas.

En realidad el médico hubiera querido ver a don Nicasio un poco más afectuoso con Dolores. Privada de esa visita cotidiana, única distracción y, acaso, expectativa en su existencia, el estado depresivo de la enferma se acentuaba.

Estaba resuelto a traerlo al redil por angas o por mangas.

Miró con disimulo su reloj.

- Aún no es hora - se dijo.

Pensaba en la tertulia de don Bernabé a la cual nunca faltaba don Nicasio.

Habló largo el doctor aquella tarde acerca de los hombres ya maduros que pasan junto a la felicidad sin parar mientes en ella, como el sediento suele cruzar el arenal en cuyo fondo corre burlona y cantarina la vertiente. Tienen ojos y no ven, como dice el Sr. Cura. Buscan la dicha y no saben mirar el tesoro de dicha que encierran la poesía de un recuerdo, la paz de una ternura compartida, el milagro de un amor que parecía marchito, y abre sus robas al atardecer...! Nunca el aroma de las flores es más embriagador que al declinar el día!

El placer... bueno, el placer no pasa de ser una simple excitación de la médula espinal, acaso de origen eléctrico, acompañado de un alza momentánea de presión arterial, aumento de la diástole y la sístole-digan ustedes una taquicardia...., sin interés alguno para la ciencia. ¡Epifenómenos sin importancia! Inócuo en pequeña escala, dañino, como todo, en dosis exesivas, el placer no resiste a un análisis serio ni merece mayor preocupación..... Es el amor, es la felicidad lo único que eleva, que ennoblece, que valoriza la existencia.

Madre e hija escuchaban en éxtasis, la disertación del médico. ¡Que bien se expresaba y cuanto le sentaba esa corbata color guinda seca en su impecable traje gris! ¡Le hubieran besado!

Sus ojos estaban húmedos y sus manos ligeramente temblorosas, al despedirse del doctor Ibieta.

No se hallaba él, por su parte descontento de su romántico ~~monólogo~~ monólogo; pero ¡caramba! la de serción de don Nicasio era como una espina en su cerebro.

Su primer impulso fué hacerse el en contrario como el viejo, para hablarle vagamente del bien que hacía su sola presencia, en una casa tan triste y poco frecuentada como la del Cura.

Eso halagaría talvez su amor propio; pero pensando, pensando....

No; no era lógico que él un médico, al cual nunca don Nicasio favoreciera con confianzas de ese género, se inmiscuyera en sus asuntos íntimos...

Se asombraba de como unos momentos antes había dicho con tanta petulancia ante Dolores y Rpsario: "Voy a tirarle las orejas"!

Ahora ~~no se atrevía. Era mejor~~ esperar. Por el momento volvería a su casa.



Ensimismado en su propio sico-análisis atravesó la plaza desierta.

Lloviznaba, solo un viejo - acaso español, a juzgar por la capa en que se abrigaba, - ponía cuero duro a ~~la~~ la ventisca, sentado en uno de los bancos.

Iba el médico demasiado absorto en sus meditaciones, para reparar en el primer aspirante a resfrío que encontrara al paso, y pasó casi al lado del vejete sin mirarlo

Su casa estaba ya solo a tres cuabras; más de pronto con súbita resolución cambió de rumbo y dirigió sus pasos a la farmacia de don Bernabé.

-¡Al toro por las hastas! - se dijo - ¡Hay que hablar con don Nicasio!

Casi al llegar a la puerta oyó la voz de Dantón que peroraba:

- Es así que hay cañones largos y cortos, que hay pan de dulce y de grasa... luego el clero no debe entrometerse en nuestra

política militante....!

El acento tribunicio hacía esperar un nutrido auditorio; sin embargo solo oían al orador Fariña y don Bernabé.

-!Es mucho hombre! exclamaba el director del #Libre Pensador"- !No saben en la capital los valores que tenemos en provincial! Con un diputado, ~~ni que~~ así, no quedaría un solo fraile en todo el territorio.

Don Bernabé, con los anteojos en la punta de la nariz, afirmaba con tono convencido.

-"Sindudamente"....

El doctor, sin querer comprometer una opinión verbal, golpeó sonriente la espalda al tribuno, y preguntó por don Nicasio.

-!Donde va a estar el "beato" hipócrita! - replicó riéndose se Dantón. !De fiesta!

-Son buenos los remedios del doctor....-comentó con sorna Fariña.

Se sospechaba - y en San José de las Pataguas la sospecha equivale a la certeza, que don Nicasio Nuñez, había cedido.

